

# Un campo vital para Castilla-La Mancha: el sector agroalimentario

**Emiliano García-Page Sánchez**  
Presidente de Castilla-La Mancha



**A**gricultura, ganadería, industria agroalimentaria son palabras clave para entender a esta región, de grandes espacios abiertos, gran tradición vinícola, olivarera y cerealista, y municipios de escasa población y muy dispersos geográficamente. Ciertamente es que no solo de cereal, vino y aceituna vive nuestro sector agrario, como tampoco es cierto que nuestro sector ganadero se limite al cordero y al queso manchego. Pero en Castilla-La Mancha, muchas poblaciones siguen marcando su calendario en función de los momentos más importantes de la actividad agrícola. Son centenares las poblaciones en las cuales la cooperativa local sigue siendo el alma de la actividad agroindustrial asociada a las producciones preponderantes, y existe una permanente y muy delgada línea roja que marca los años prósperos de los años de preocupación y crisis en función del resultado de la cosecha.

Castilla-La Mancha ocupa una extensión 79.463 kilómetros cuadrados, casi todos ellos por encima de los 600 metros de altitud, con dos provincias, Cuenca y Guadalajara, que tienen la mitad de su territorio, o más, por encima de los 1.000 metros. A lo largo y ancho de esta superficie se diseminan los 919 municipios castellanomanchegos, 637 de los cuales tienen menos de 1.000 habitantes y concentran al 8,2% de la población castellanomanchega. En el otro extremo de la balanza poblacional contamos con solo 16 municipios por encima de los 20.000 habitantes que concentran al 42% de la población (solamente 7 superan los 50.000 habitantes, con el 29% de la población castellanomanchega).

Así se entiende que de las 7.946.198 hectáreas de superficie regional, solo 245.035 se consideran suelo no agrícola. Contamos además con una superficie forestal de poco menos de 3.000.000 de hectáreas, 516.266 hectáreas de prados y

Apoyar sin intervenir, ayudar sin querer dirigir, abrir puertas sin querer colarnos en la habitación, es la forma en la que queremos apoyar al sector agroalimentario castellanomanchego



pastizales y casi 82.000 hectáreas de aguas interiores. Cualquier análisis inicial de estos datos permite entender el peso del sector agrario en nuestra región, y hacerse una idea acerca de las extremas dificultades con las que hemos podido, a lo largo de más de treinta años de autonomía, ir dotando a estos pequeños municipios de servicios básicos como agua corriente, telefonía, y, últimamente, cobertura para la aplicación de las TIC en la mejora de todos los sistemas productivos.

Porque no es suficiente contar con más de 122.000 explotaciones agrarias, una población ocupada de 51.400 personas, y en torno a 30.000 asalariados, si estas explotaciones no pueden acceder a las mismas posibilidades de desarrollo que las del resto de España por la escasa población de los municipios donde muchas de ellas están inscritas, o por las dificultades que impone una orografía realmente complicada en muchas de nuestras comarcas, difícilmente serán competitivas. Y la competitividad es el reto general para convertir nuestro agro en la fuente de progreso que debe ser, y no, como en muchas zonas, simple fuente de subsistencia familiar.

### Importancia de la agricultura familiar

Y es que el concepto de explotación agraria familiar es vital y clave en el campo castellanomanchego. Según el Censo Agrario, de esas 122.000 explotaciones agrarias, 116.000 son de titularidad de personas físicas, y solo 630 corres-

ponden a cooperativas de producción. La inmensa mayoría de estas explotaciones familiares cultivan menos de 20 hectáreas de SAU. Así las cosas, en Castilla-La Mancha labramos cada año en torno a los 3,5 millones de hectáreas, y dedicamos a pastos permanentes poco menos de 700.000 hectáreas.

En cuanto a ganadería, contamos con 11.091 explotaciones ganaderas, con una cabaña de 235.000 bóvidos, 258.000 cabezas de ovino, 37.000 de caprino, y 336.000 ejemplares de porcino. Son más de 14.000 explotaciones ganaderas que, evidentemente, no abastecen a las potentes industrias cárnicas de la región.

Nuestra región alberga una población global que supera los 2 millones de personas, de las cuales algo menos de 1 millón es población activa, según datos de la última EPA. Quiere decir que un 7% de la población activa castellanomanchega trabaja directamente en el sector agrario, mientras que hay otro porcentaje importante de empleo generado por la industria agroalimentaria, así como la venta de suministros.

Estamos, por tanto, ante un campo vital para Castilla-La Mancha, y tremendamente importante para la economía nacional. Y es esta dualidad la que nos debe mover a ser más firmes en la defensa de los intereses de nuestro sector: porque nos jugamos mucho como región y porque representamos un papel importante en el teatro exportador. Dejar que dócilmente sean otros los que hablen por nosotros supone un enorme peligro, cuyas consecuencias hemos experimentado en terrenos de juego tan importantes como la Unión

No podemos imponer, sino convencer, colaborar y defender. Convencer a nuestros profesionales de que no basta con cosechar, sino que hay que saber vender, y sembrar pensando en las demandas del mercado



Europa, la Conferencia Sectorial o los organismos reguladores de las Cuencas Hidrográficas.

En 2015 dedicamos 1.441.848 hectáreas al cultivo de cereales grano, menos de un 10% de ellas de regadío; 473.000 hectáreas al viñedo y otras 413.000 hectáreas al olivar. Estos tres cultivos ocupan prácticamente el 30% de nuestra superficie regional. Y aunque el sector agroalimentario en total aporta al mercado exterior español ventas por valor de 2.066 millones de euros, seguimos produciendo en gran medida para el mercado interior.

Apoyar sin intervenir, ayudar sin querer dirigir, abrir puertas sin querer colarnos en la habitación, es la forma en la que queremos apoyar al sector agroalimentario castellanomanchego. Nuestros agricultores saben producir, y en gran medida han sabido asociarse en cooperativas de primer grado que para muchas localidades son la única empresa de entidad y, en gran medida, la única vía de empleo y dinamización sociocultural. Esta relevancia local y algunos sonoros fracasos en la organización de empresas de segundo grado dirigidas desde otros ámbitos han frenado la lógica reordenación del mundo cooperativo, que ahora se ve obligado a un esfuerzo mayor de concentración y coordinación, incluso interregional, si de verdad queremos ser competitivos en Europa y obtener del trabajo de nuestros agricultores el fruto comercial que en buena lógica debe obtenerse.

Conseguir, además, que la agricultura sujete

la población en el medio rural, mediante la creación de empleo para jóvenes, facilitando la constitución de empresas y su inmersión en canales de comercialización externos e internos, es objetivo prioritario. Pero no podemos imponer, sino convencer, colaborar y defender. Convencer a nuestros profesionales de que no basta con cosechar, sino que hay que saber vender, y sembrar pensando en las demandas del mercado. Colaborar en el análisis de situación y en la prospección de posibilidades, así como en la formación de nuevas estructuras, cooperativas o empresariales, destinadas a la mejora de la producción y comercialización. Y, sobre todo, defender sus intereses en las grandes mesas de decisión. Por eso seguimos firmes en la defensa del agua, del uso e implantación de energías e industrias renovables, y en la defensa de nuestra posición en las mesas sectoriales y en Europa, convencidos de que hay que tener voz en los foros donde

se deciden las posiciones globales de España, o de cada sector, ante la Unión Europea, porque después ya no hay remedio.

Entendemos que la agricultura, la ganadería y el sector forestal no han agotado en absoluto ni su capacidad de transformación, ni sus posibilidades como yacimiento de empleo. Sobre todo, si logramos interconectar este campo con otros de gran relevancia como el de la energía a través de la producción de electricidad a partir de la biomasa, el de las producciones ecológicas, o el turismo ligado a las tradiciones y a la gastronomía de calidad, como el enoturismo.

En esta ingente tarea necesitamos de la colaboración de las organizaciones agrarias, las empresas del sector, las cooperativas, las entidades de crédito, las organizaciones políticas, los agentes sociales y las entidades municipales. Con todas ellas mantenemos un diálogo fluido, capacidad de negociación y búsqueda de acuerdos. Y, sobre esa base, ganamos presencia y actividad en el Comité de Regiones de la Unión Europea, para liderar la transformación del medio rural.

Es un campo vital para nosotros, que recorremos diariamente con la ilusión y la firmeza moral de Don Quijote y el realismo de un Sancho Panza que cambió el refranero por la formación técnica y comercial que aportan unas nuevas generaciones de agricultores hechos a manejar el tractor y el ordenador. Es el siglo XXI. ■